

Algunas opiniones personales acerca del manejo del patrimonio arqueológico en nuestro país.

Jorge Alberto Kulemeyer

La presente pretende ser una exposición de algunas de las conclusiones a las que he llegado, en el transcurso de mi relativamente corta experiencia profesional en el país, en relación a las actividades en torno al patrimonio arqueológico. No está, claro está, dirigida en contra o a favor de ningún grupo o persona en particular, simplemente se describen aspectos de una realidad desde una óptica personal. Para la solución de los problemas aquí planteados se dispone, a mi entender, de un par de herramientas efectivas y apropiadas:

- Profesionalización de la tarea del arqueólogo y la de los responsables de las disciplinas auxiliares;
- Conocimiento real por parte del arqueólogo de la realidad del pensamiento y las necesidades de los miembros de las comunidades locales, políticos e instituciones relacionados de diferentes maneras con la actividad;
- Compatibilización de estos aspectos.

Analizaremos aspectos parciales relativos al arqueólogo y, en segundo término, a la comunidad local.

## El arqueólogo:

2 Sin duda el patrimonio arqueológico de los argentinos es inmenso. Sería un absurdo mayor tratar de "recuperarlo" en alguna proporción significativa al cabo de unos decenios de trabajo sistemático. Tampoco podemos realizar un inventario aproximativo. A manera de ejemplo aislado puedo decir que, en los dos últimos meses, hemos ubicado, casi sin proponérselo, una necrópolis de sitios dentro del perímetro de la ciudad de San Salvador de Jujuy. Por ahora no estamos en condiciones de intentar, tan siquiera, un estudio preliminar de cualquiera de ellos (especialmente por falta de una infraestructura científica y técnica adecuada). Y, seguramente, tampoco lo están nuestros colegas.

4# En las ciudades de San Miguel de Tucumán y San Salvador de Jujuy

se acercan, con cierta frecuencia, ciudadanos a denunciar la presencia o el saqueo de sitios arqueológicos. La mayoría de las veces, al menos es lo que he podido comprobar personalmente, los "expertos" ni siquiera estamos en condiciones de realizar una visita al sitio en cuestión.

Algunos arqueólogos piensan llevar adelante en nuestro país, en forma sistemática, una "arqueología de rescate". Se desea así paliar, al menos en parte, las consecuencias de la "revolución topográfica" que se viene produciendo en forma acelerada en los últimos decenios en el globo. Se propone, en atención a la destrucción de yacimientos causada por las importantes obras de ingeniería, organizar, en forma prioritaria, equipos entrenados en el salvataje del material arqueológico. Si bien es cierto que podemos afirmar, como respuesta a esta postura, que no existe en el mundo zona, por más industrializada que sea, donde el trabajo del arqueólogo se encuentre agotado (o en vías de agotarse), también podemos decir que esta orientación puede ser de interés para centros superpoblados de EEUU o Europa, donde la ciencia arqueológica y sus disciplinas auxiliares cuentan con un buen nivel de desarrollo. En nuestro país vivimos, en particular en el NUA (aunque seamos, cada vez menos ciertamente, remanentes de receptorio), en una de las regiones más despobladas y atrozadas del planeta. Es ínfima, en relación a la superficie, la cantidad de yacimientos que se puedan destruir a causa del avance de la civilización. Los agentes naturales son, seguramente, causantes, en mayor medida que el hombre, causantes de destrucción de yacimientos arqueológicos. La inmensa la cantidad de sitios que no se encuentran, ni mucho menos, en peligro y pueden ser estudiados con comodidad. No se cuenta con la infraestructura física, ni humana ni científica como para llevar adelante una arqueología de rescate en forma sistemática. Es cierto que a veces resulta ineludible realizar un trabajo de salvamento y que las grandes obras de ingeniería pueden facilitar el acceso a recursos económicos para el arqueólogo. Pero no es menos cierto que debemos realizar un balance y recapitular sobre cosas tales como: ¿cuántos geólogos especializados en el Holoceno están radicados en el NUA?; ¿cuántos palinólogos especializados en el estudio de material proveniente de excavaciones hay en el NUA?; ¿y cuántos palinólogos?; ¿cuántos antropólogos físicos?; ¿cuántos equipos de arqueología trabajan materiales provenientes de una excavación sobre una mesa, y en forma cotidiana, en el NUA?; ¿cuáles son los museos donde se encuentra y se puede depositar el material

arqueológico?. Las respuestas a estas preguntas, y otras similares, son lapidarias pero indican el rumbo a seguir.

La arqueología debe presentarse, a nivel de instituciones y de organización, como ciencia independiente y no como parte de la antropología, la historia o cualquier otra rama del saber. Al mismo tiempo es necesario que la arqueología sea practicada exclusivamente por profesionales universitarios graduados en la materia (o antropólogos con orientación arqueológica). A este respecto, sería de utilidad con la legislación que interpreta esta necesidad que también debería ser asumida en los centros de investigación y docencia. El arqueólogo debe, a mi entender, dedicarse en forma prioritaria a su especialidad y no cubrir otros campos para los cuales otros profesionales se encuentran mejor capacitados.

Muchos de los proyectos de investigación que conocemos se refieren a enormes porciones de territorio (varias regiones o provincias) en conexión con procesos culturales más o menos prolongados, o con problemas puntuales. Aquí cabe el interrogante si las investigaciones en nuestra región han alcanzado la madurez suficiente como para alcanzar estos objetivos.

La lista de interrogantes es mucho más extensa (poder, centralismo porteño, política, convenios, dinero, publicaciones, etc., son algunos ejemplos). Pero hablemos un poco acerca de la comunidad local.

#### La comunidad local:

Con la llegada del arqueólogo, la comunidad local solo tiene, a mi entender, esperanzas vagas de que éste pueda generar alguna ventaja económica para las personas en forma individual, en primer término, y en forma grupal, en segundo lugar. Interessa, también, el beneficio político. El interés cultural resulta, en el mejor de los casos, un pretexto, un argumento al que se recurre en caso de necesidad. El contacto social y el intercambio cultural del grupo de investigadores con los miembros de la sociedad local es especialmente relevante para los niños y las mujeres (en ese orden). En este concepto práctico de la realidad, la búsqueda de ventajas materiales, el que prevalece en las comunidades locales.

Esto no está en contraposición con el uso frecuente del vocablo "antiguos" en referencia a los portadores de los restos arqueológicos. El verdadero sentido de este concepto es un tanto vago (no significa necesariamente "nuestros antepasados" sino que puede, también ser entendido como un equivalente de, por ejemplo, "los prehistóricos"). No podemos confundir la defensa que realiza la comunidad

actual de su forma de vida (vestimenta, culto, idioma, etc.) con la defensa del patrimonio arqueológico. Los tabúes que pueden existir con respecto a un sitio arqueológico no implican, necesariamente, la existencia de una continuidad étnica o cultural. Este fenómeno puede surgir en grupos, o sectores de la sociedad, cuyos antepasados se asentaron en el lugar en épocas posteriores a la correspondiente a los restos arqueológicos (es más, pienso que esta debe ser la regla general en estos casos). El vínculo cultural de las sociedades locales y los restos arqueológicos que se estudia se reduce, en la mayoría de los casos, a la utilización de un mismo espacio geográfico y las implicancias que esto trae consigo.

La distancia cultural y temporal de la comunidad local con relación a los restos que estudia la arqueología es, habitualmente, enorme. Debemos recordar que en el transcurso del Holoceno, e incluso a partir de la llegada de los españoles, los cambios en el ambiente natural (registramos, por ejemplo, la "pequeña edad de hielo"), a nivel local y ecuménico, han sido numerosos e importantes. También ha cambiado la ergología, el sistema de creencias, los hábitos alimenticios, la economía, etc.

Una aproximación a la realidad servirá al arqueólogo para manejar con mayor efectividad sus proyectos y afianzar su inserción social. No debemos crear falsas expectativas. En el caso de la importancia del trabajo del arqueólogo para la recuperación de paleotecnologías, debemos reconocer que, en la mayoría de los casos, la arqueología no realiza aportes de valor decisivo (para observar la presencia de terrazas de cultivo abandonadas, por ejemplo, no es necesario recurrir a un arqueólogo).

La comunidad local aspira, por encima de todas las cosas, mejorar sus condiciones de vida y asegurarse que la situación actual no sufra deterioro alguno (protección de acequias en uso, por ejemplo). Se desea frenar el constante éxodo de población y, de alguna manera, frenar el progresivo aislamiento y empobrecimiento.

En todo análisis referido al manejo del patrimonio arqueológico debemos tener presente el alto grado de incidencia que, habitualmente, poseen las ambiciones y los intereses políticos (en todos los niveles).

San Salvador de Jujuy, abril de 1989.